

LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Cerrada (Doña Elena).
Gimeno (Doña Concepcion).
Guiomar de Torresao (escritora portuguesa).
G. de Neda (Doña Carmen).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrúdis).
Jimenez de Moya (Doña Julia).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).
Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcántara (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Balius Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vassallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).
Coll y Moncasi (D. Felix).

Echegaray (D. Miguel).
Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fernandez y Gonzalez (D. Francisco).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llaveria (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Martinez Benigno (D. Joaquin).
Massa Sanguineti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).
Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Goñi (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José María).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Seoane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanmartín y Aguirre (D. José F).
Sanromá (D. Joaquin Maria).
Sardoal (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El Amor, por D. Camilo Sequeiros.—*Despierta*, poesia, por D.ª Maria Rita Chiappe Cadet.—*Deberes de la mujer*, por D.ª Faustina Saez de Melgar.—*El poeta y la mujer*, poesia, por D. Antonio Garcia Gutierrez.—*A los piés de Vds.*, por D. Francisco de P. Chorot.—*¡Luz! ¡Luz para la mujer!* por D.ª Faustina Saez de Melgar.—*Crónica matritense*, por D. Venustiano Rodriguez Hubert.—Charada.—Solucion á la inserta en el número anterior.

EL AMOR.

La sociedad se apoya en la familia; la familia está basada en el amor; podemos, pues, concluir diciendo que la sociedad no existiría sin el amor. Y efectivamente, como ha dicho Michelet, *el amor precede á todo*; juega en todo, y es el compañero inseparable de nuestra existencia, desde el momento en que por primera vez saludamos la luz del sol naciente hasta aquel en que una mano cariñosa cierra nuestros párpados y unos lábios queridos depositan en nuestras mejillas el ósculo de despedida, dándonos el último adios. Pero aun entonces el amor no se separa de nosotros; nos sigue en la eternidad del sepulcro, personificado en los dulces recuerdos de aquellos que dejamos en el mundo; recuerdos tanto más cariñosos, más duraderos, cuanto más íntimos eran los lazos que nos unian con aquellos seres á quienes mil veces habríamos saludado con los espresivos nombres de padre, madre, hermano, esposo ó amigo. El amor es, pues, el eterno compañero del hombre; y al decir del hombre, nos referimos tambien á la mujer; de donde resulta que no podemos pensar en esta bella mitad del

género humano sin que acuda á nuestra mente la idea del amor.

¿Qué es el amor? A decir verdad, nadie ha acertado á definirle. Se siente y no se explica; se vé y no se conoce; todos hablan de él cual de una cosa conocida, y, como acabamos de decir, nadie ha podido explicarnos hasta el dia lo que es el amor. A algunos les oireis decir que es una ilusion, á otros que es un deseo; unas veces lo vereis calificado de pretesto, otras de pasion; y quizá hayais tropezado desgraciadamente con seres incrédulos, faltos de fé que lo niegan, diciendo que no existe. ¡Infelices! Los primeros se equivocan por completo confundiendo una pasion bastarda con el más noble de los sentimientos; y en cuanto á los segundos, ¡desgraciados de ellos!... ¡negar el amor! Pues qué, ¿acaso han carecido de madre? ¿No la han amado?

Buenos y muy conocidos publicistas se han ocupado del amor; pretenciosa en alto grado sería mi mal cortada pluma si quisiera competir con las de aquellos; voy, pues, á deciros, lectoras mias, en mi desaliñado lenguaje lo que yo comprendo que es el amor; pero sin pretender nunca que mi opinion prevalezca sobre la de autores tan ilustrados como Madama Staël, que dice hablando de él que es la historia entera de la vida de las mujeres; Lord Byron, que lo califica de aureola brillante que ilumina el alma; Rousseau lo apellida el lazo más puro y fuerte de la humanidad; Jorge Sand, santa

aspiracion de la parte más etérea del espíritu; Balzac, Océano inconmensurable donde los espíritus incompletos sólo ven monotonía, mientras las grandes almas se abisman en perpétuas contemplaciones; Leon Gozlau, dice que el amor es el todo; el amor es Dios; y finalmente, un distinguido novelista español, el célebre autor de *Don Juan Tenorio*, dice en una de sus obras que el amor es la luz del alma, como el sol es la luz del día. Como vemos, Lord Byron y Fernandez y Gonzalez son del mismo parecer.

Para nosotros, el amor es la vida. Vamos á dar la razon. Nuestra existencia la pasamos amando; de niños, desde nuestros padres, que son los primeros seres á quienes conocemos en el mundo y que nos enseñan á pronunciar sus nombres juntamente con el del divino Hacedor, amamos aquello que más halaga á nuestra alma é impresiona nuestros sentidos; el campo, el arroyuelo, la brisa, la luz, las flores, son otros tantos objetos, no sólo de distraccion para nosotros, sino de amor. Adolescentes, amamos con todo el fuego de un corazon vírgen, porque, como ha dicho un moderno escritor, la adolescencia es una verdadera edad de encanto y de poesía hermanada en el mundo con todo lo que la es parecido, con todo lo que con ella se relaciona. Unidos por el matrimonio al objeto de nuestros ensueños, de nuestras más puras ilusiones, la amamos como esposa, y el amor entonces raya en el apogeo de su gloria; el mundo, la tierra, el cielo... es poco comparado con el valor que á nuestros ojos tiene la que ha hecho de nuestra vida un paraíso, y más la amamos desde el día en que nuestro cariño le vemos reflejado en los hijos de nuestro amor. Si por desgracia llegamos á ver desáparecer de la tierra aquellos seres cuyo nombre está escrito con caracteres de fuego en el corazon; madre, padre, esposa ó hijo; amamos su recuerdo, amamos cuanto ellos amaban, y los más insignificantes objetos, con tal de que una sola vez hubieran llamado su atencion, son para nosotros otros tantos objetos de cariño, de veneracion. En la época de la senectud amamos *lo que pasó*, y ese *más allá* donde nos prometemos hallar un descanso eterno en una vida de eterno amor.

Si, pues, nuestra existencia la pasamos amando, desde la cuna al sepulcro, ¿por qué no definir el amor diciendo que es la vida?

Pero nos queda que hacer una observacion, y es que en todo lo dicho nos hemos referido al amor puro, al *amor-sentimiento*, que, como dice con mucha razon Severo Catalina, está muy próximo á constituir una virtud. ¡Ah! Otro sería el estado de la sociedad actual si no hubiera adulterado ese sentimiento del alma confundiéndolo con las pasiones bajas y vulgares; otro sería el estado de la familia si la juventud veleidosa y descreída de nuestro siglo no hiciese del amor una mercancía! Nó; léjos de nosotros confundir un sentimiento, una virtud, con un apetito, un vicio. Hemos definido el amor diciendo que es la vida, y ésta, que debe estar siempre en armonía con todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime, no puede basarse nunca en la impureza, en el error. Michelet lo ha dicho: «En nuestra época existe un hecho innegable, y es que el sentido moral ha decaído en medio de tantos progresos materiales é intelectuales, y que únicamente una cosa, el alma, disminuye mientras todo avanza y se desenvuelve.» Regeneremos el amor y estará regenerada la familia; y estándolo ésta, la sociedad lo estará tambien.

He cumplido, pues, por hoy mi propósito, amables lectoras, que era el de daros una ligera definicion del amor; esto suponiendo que pueda definirse. Me comprometo á hablaros otro día de alguna de sus manifestaciones, y me despido de vosotras dándoos á conocer la siguiente *genealogía del amor*, escrita por un distinguido vate, cuyas ideas tan en armonía están con las nuestras:

- ¿Naciste?—De una ilusion.
 ¿Quién te engendró?—Una mirada.
 ¿Tu cuna fué?—Un corazon.
 ¿Y tu fin será?—La nada.
 ¿Cómo te llamas?—Placer.
 ¿Y es tu apellido?—Dolor.
 ¿Viniste á la vida?—Ayer.
 ¿En dónde?—En una *Mujer*.
 ¿Pues quién eres?—El amor.

CAMILO SEQUEIROS.

Insertamos con mucho gusto la siguiente bellísima poesía, que nos remite para LA MUJER, la distinguida escritora portuguesa Sta. Cadet. Nos dice en una espresiva carta que es el pri-

mer ensayo que hace en la lengua de Cervantes, que tanto ama, y que conoce desde la niñez.

Doble motivo de gratitud que nos impele á rogarla encarecidamente continúe tan felices ensayos en este rico idioma, y obtendrá no pocos aplausos en nuestra España, que mira como hermanos á los simpáticos hijos del noble Portugal.

Damos al propio tiempo á la Sta. Cadet las más espresivas gracias por el hermoso volúmen de sus poesías, que acompañadas de su interesante retrato nos remite, ofreciendo dedicarle algunas líneas en un artículo que publicaremos en breve sobre varias obras con que han tenido la galantería de favorecernos los escritores portugueses.

DESPIERTA.

A mi querida amiga la señorita Gil de Macedo.

Duermes, vida de mi vida,
Del bullicio retirada,
Dulcemente reclinada
En tu lecho virginal,
Mientras vela cariñoso
Tu puro sueño apacible,
Un buen ángel invisible
Del mundo espiritual.

De la lámpara nocturna
A la lumbre vacilante,
Veo tu dulce semblante
De purísima espresion.
Y los mágicos reflejos
De tu rubia cabellera,
Te vuelven más hechicera,
Hija de mi corazón.

¿Qué sueñas, vírgen, qué sueñas,
Cuando tu frente nevada
Sobre la blanca almohada
Yace en tranquilo dormir,
Cuando cruzando tus manos
Sobre el seno alabastrino,
Como en sueño peregrino
Un suspiro haces oír?

¿Qué sueñas, dime, querida?
¿Acaso tu alma inocente
Vaga en el etéreo ambiente
En alas de un querubín,
Y penetrando arrojada
En las ignotas regiones
Busca de Dios las mansiones
En ese vuelo sin fin?

¿Quizá tu espíritu libre
El cuerpo deja un instante
Y anhela en mundo distante
Beber torrentes de amor;
Mientras tranquila reposa
La humana parte dormida,
Tu vés á buscar la vida
Al seno del Criador!

Ángel, en cuanto tu espíritu
En ondas de éter se mece,
Y en el de la ciencia crece
Por la eterna aspiración.
Yo con afán cariñoso
Velo tu sueño inocente,
Y á tu lado dulcemente
Modulo débil canción.

Pero ya sonríe el alba,
Y el aura de la mañana
De sus luces engalana
En el vergel á la flor.
Las rosas abren su cáliz
A la lumbre purpurina,
Y en las ramas de la encina
Ya se escucha el ruiseñor.

Las palomas en arrullos,
Te dán alegre el buen día,
Torrentes mil de armonía
En torno oyéndose están.
La brisa lanza un suspiro,
Y el sol brillante refleja
De tu ventana á la reja
Como rendido galán.

¡Así, alma de mi alma,
En dulce sueño embebida,
Vuelve de nuevo á esta vida
A este valle de dolor.
Que así las horas se pasan
Y por la noche olvidamos
Lo que en el día aspiramos
De la taza de amargor!

¡Despierta y canta! Memorias
Son tus dulces melodías
De las vagas armonías
De la divina mansion.
Despierta, y sobre mis labios
Depon tu beso fraterno
En pago al afecto interno
Que me inspira esta canción.

Despierta, es breve la vida,
Nos llama un deber sagrado,
Misión que Dios nos ha dado,
Nos convida á trabajar.
Entretanto reunidos
El trabajo esmaltaremos,
Y nuestra ofrenda pondremos
De la gloria en el altar.

Sí, que por misión divina
Amar debemos la ciencia,
Abriendo á la inteligencia
El templo do está la luz.
Y en pos de una idea santa
Irás la mente encendida,
Buscando el amor, la vida,
Hasta los pies de la cruz.

MARÍA RITA CHIAPPE CADÉT.

Portel, Alentejo, julio 1871.

DEBERES DE LA MUJER.

COLECCION DE ARTÍCULOS SOBRE LA EDUCACION.

I.

Para con los padres.

(Honra á tus padres y te honrarán tus hijos.)

Es muy frecuente observar que en la educacion moderna ha sustituido el atrevimiento y desenvoltura al respeto y cariño que se debe á los autores de nuestros dias.

Duélenos en el alma ver que muchos niños, pequeñuelos aun, tratan á sus padres de una manera inconveniente, y nos indigna mucho más que por debilidad de carácter ó por un cariño mal entendido, se toleren estos resábios tan perjudiciales en las criaturas, porque los hábitos que se adquieren en la niñez tarde ó nunca se olvidan. Se dice generalmente, y es una verdad, que árbol que crece torcido nunca su tronco endereza; y lo mismo acontece con los niños. Grábese en sus mentes infantiles una idea, y la conservará hasta la vejez y será la norma de su vida.

Por esta razon, en igual de permitírseles ciertas familiaridades y atrevimientos para con sus padres, es un deber de estos inspirarles la sumision y el más profundo respeto, que hermanados con un santo y dulce cariño, produce más tarde tan ópimos y escelentes frutos.

La benevolencia y el amor que tributamos á nuestros padres contiene una semilla preciosa, semilla que fructifica en nuestros hijos, pues con frecuencia estamos viendo en los muchos ejemplos que el mundo nos ofrece, cómo los hijos siguen con los padres las mismas máximas que estos han seguido con los suyos.

Muchas veces he oido á mi noble y honrado padre (Q. E. P. D.): «hija eres y madre serás; lo que tú hagas, contigo harán.» Santas palabras, que grabadas en mi alma no se han borrado jamás. Es una verdad consoladora y exácta; por eso recomendamos á los padres que inspiren á sus pequeñuelos tan benéficas ideas, y no sólo recojerán el fruto en el amor de sus hijos, sino sus bendiciones cuando estos sean padres y comprendan el inmenso bien que recibieron al conocer tan bellas doctrinas.

El ser buenos hijos lleva en sí la recompensa, recompensa justa y espontánea que el mundo no puede menos de tributar, concediendo sus alabanzas y su admiracion á los que saben desempeñar tan sagrados deberes con la bondad y resignacion debidas.

Un ejemplo auténtico voy á citar, que por lo bello no podrá menos de ser grato á nuestras lectoras.

Hace pocos dias asistimos á la boda de un brigadier, amigo nuestro, recién venido de América. No conocíamos á la novia, y nos maravilló ver en ella, no una jóven bella y elegante, sino una respetable señora de cuarenta años, muy modesta y de agradable figura nada más, si bien sus rasgos demuestran que en la juventud habrá poseido una belleza espléndida.

Hé aquí su historia:

Leonor, así llamaremos á la novia (pues nos ha prohibido revelar su verdadero nombre), era hija de un coronel que murió en los campos de batalla durante la guerra civil, defendiendo los derechos de Doña Isabel II, dejando viuda á su esposa en lo más florido de su edad, cuando apenas contaba veinte años, y madre de Leonor, que tendria algunos meses.

Pasó mucho tiempo, y la viuda se casó con un empleado de corto sueldo, atendiendo más bien al amor que á la conveniencia.

Por efecto de este matrimonio, la pension pasó á Leonor como huérfana del coronel, y siguió disfrutándola su madre, que á la vuelta de algunos años se vió rodeada de hijos y con pocos recursos, pues su marido enfermó y quedó cesante.

Desde este momento Leonor, que era una mujer, se convirtió en el ángel tutelar de la familia; con su pension atendia á sus necesidades, y con su solicitud y su cariño á esparcir entre ellos la dicha y el bienestar.

No hubo nunca criatura más amante de su madre que Leonor, ni hija más respetuosa, ni hermana más tierna y leal.

Ella cuidaba de los pequeñuelos, ella asistia á todos en sus enfermedades, ella se hizo cargo de todos los quehaceres de la casa, descansando á su madre y convirtiéndose además en la maestra de sus hermanos, á quienes enseñaba los rudimentos de primera enseñanza y algunas nociones de música y de idioma francés que ella poseia.

Pero no consistió en esto solamente la virtud de Leonor, no se limitaron sus sacrificios á consagrar á su familia su existencia y su haber, les sacrificó aún más esta noble mujer, porque sacrificó en aras del deber su corazon, sus afeciones y su porvenir.

Era virtuosa, jóven y bella, y fué amada con locura por un jóven capitán; no pudo menos de corresponderle, porque era uno de esos hombres tan simpáticos y distinguidos que no se puede conocer sin amar profundamente. Durante algun tiempo disfrutó las delicias de aquel amor santo y puro; mas llegado el momento de realizar la union, vió las lágrimas de su madre y de sus hermanos, que perdiendo su pension quedaban en el mayor desamparo, y se aterró pensando

que el sueldo de capitán que disfrutaba su futuro esposo no era bastante para atender á la subsistencia de una familia tan dilatada; entonces, esclava de su deber y de su familia, renunció al matrimonio, encerró su amor en el fondo del alma y se consagró por entero á ser una buena hija.

El capitán, desesperado y loco de dolor, se marchó á América, de donde veinte años después ha vuelto ya de brigadier, soltero aun, porque en su larga carrera no ha encontrado una mujer que como Leonor se sacrifique por su madre.

Hoy esta noble mujer ha recibido la recompensa, casándose con el hombre á quien adoró toda su vida; y siendo en su distinguida posición muy útil á dos de sus hermanas, únicas que le quedan de su dilatada familia.

No hace mucho la oímos decir: «sólo siento haberme casado tan tarde, porque ya no es probable que Dios bendiga nuestro matrimonio con frutos de bendición; es el único pesar que tengo en la vida. ¡Ay! me sería muy grato tener una hija que hiciese por mí lo que yo hice por mi madre.»

Es una verdad; quien siembra recoge, y la semilla de la virtud y del amor filial fructifica siempre.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

EL POETA Y LA MUJER.

P.

No es ella, nó: la frente descarnada
Que hoy se engalana con livianas flores,
No es ya la frente que inspiraba amores
Cuando sus tintas le prestó el pudor.

De placeres impúdicos saciada,
Muerto su amor, gastados sus antojos,
Con vaga estupidez brillan sus ojos
Del mundo indiferente en derredor.

M.

Yo soy aquella que feliz un día
De venturosa unión vástago tierno,
En el regazo del amor materno
Niña inocente, inmaculada fui.

Hoy, cuitada mujer, sin luz ni guía,
Perdida voy por áspero camino,
Y del mundo en el loco torbellino
Lanzada con ardiente frenesí.

P.

En vano ya, ¡infeliz! en vano ahora
De esas flores tu frente se engalana,
Que la virtud de la belleza humana,
Con tus encantos para siempre huyó.

Dime, ¿cuál fué la sierpe engañadora
Que adormeció la paz de tu conciencia?
¡Y cómo del fanal de tu inocencia
La misteriosa llama se apagó?

M.

¡Ay! no renueves la fatal memoria
De esa mi triste, apesurada vida!
Déjala que en la muerte adormecida
Un solo instante me conceda en paz.

No me preguntes por la negra historia
Que renueva por puntos mi tormento;
Historia de un amargo sentimiento,
Para otros dulce, para mí faláz.

P.

Yo te diré, mujer, cómo han pasado
Tus claros días de ventura y calma,
Y en los misterios buscaré del alma
De tus desdichas la ocasión fatal.

Y en ese triste corazón llagado
Con mano cierta encontraré la herida,
Por donde huyó la calma de tu vida,
Por donde entró para turbarla el mal.

Acariciada con amante arrullo
En brazos de tu madre sonreías,
Y así pasaron tus primeros días
En inefable y plácida quietud.

De sus dulces cantares al murmullo
Te adormeciste en su tranquilo seno
Sin que jamás el pérfido veneno
De otro placer manchase tu virtud.

¡Pobre madre! su amor, sus sacrificios
Aun los juzgó para su niña escasos,
Y cuando diste tus primeros pasos
Sobre las palmas de sus manos fué.

De leve mal temblando á los indicios
Ella tu sueño sin cesar guardaba,
Y en la noche solícita velaba,
Siempre celosa de tu cuna al pié.

Mas pasó la niñez y otras delicias
Con natural instinto concebiste,
Y enagenada, entre risueña y triste,
Lanzaste una mirada al porvenir.

¡Ay! ¿qué te reveló? Vagas delicias,
Ansias, placeres y agitados sueños,
Dolorosos tal vez, tal vez risueños,
Que vinieron tu calma á interrumpir.

Luego en tus labios murmuró un suspiro
Que levantó tu pecho palpitante
Como el gemido de la brisa errante
Turba del agua el nítido cristal.

Y tus miradas, con incierto giro,
La inquietud de tu pecho revelaron,
Y en otros ojos con afán buscaron
El dulce alivio de tu nuevo mal.

El mundo entonces desplegó á tus ojos
Toda su pompa, encantos y placeres,
Y viste en él impúdicas mujeres
Incienso recibir y adoración.

¡Cándida tortolilla! tus antojos
Las ansias dulces que tu pecho hirieron,
En fatigoso afán se convirtieron
Y en irritada, ardiente exaltación.

El mundo y sus doradas ilusiones
Abrieron sus puertas de improviso
Y entraste en el mentido paraíso
Con alma casta, mas con frágil pié.

En ese mar de pérfidas pasiones
Tu esplendente pureza aventuraste
Y á sus inquietas ondas te lanzaste,
Llena de encantos y de amor y fé.

Pronto gozosa, tierna, fascinada,
De amor sintiendo el peligroso fuego,
Blanda escuchaste el mañoso ruego,
Las caricias del torpe seductor.

Y á su halago, rendida y olvidada
De tu madre infeliz, de tu bien mismo,
La cima contemplaste del abismo,
Y su altura mediste sin horror.

El seductor indiferente y frio
Al respirar tu apasionado aliento,
Ni aun encontró en su pecho un sentimiento
Que compensase tu cariño fiel.

Lo que era amor se convirtió en hastío,
Sucedió á la ilusión el desencanto
Y en esos ojos que requema el llanto,
Brotando está de tu rencor la hiel.

Sobre la tierra abandonada vives
(Compraste tu orfandad á horrible precio),
Y del mundo marcada con desprecio,
De tí se aparta donde quiera vas.

Él engañó tu fé, por él recibes
De tu insensata obstinacion el pago,
Y aun arrastrada por su inmundo halago
Desvanecida tras su huella vas.

M.

¿Quién, dime; quién de mi pasion liviano
Te reveló el misterio tenebroso?
No hay tregua para mí, no hay ya reposo,
Ni aun en el seno de mi propio error.

P.

Esta es la historia de la vida humana,
Esa la cruz de la pasion culpable,
Cuando atropella indómita, insaciable
La castidad que es alma del amor.

A. GARCIA GUTIERREZ.

A LOS PIES DE USTEDES.

Bellísimas lectoras.

Aquí teneis á un tímido jóven que sin embargo de su cortedad tiene el atrevimiento de presentarse á vosotras.

Yo que soy amante, amantísimo de la preciosa mitad del hombre; yo, que daría por una sonrisa vuestra toda la dicha que pueda tener en lo futuro, porque en lo presente mi felicidad es problemática; yo, que he visto siempre en el sexo sensible el ideal de la vida, pongo humildemente á vuestros piés mi triste pluma.

Y ahora que ya me figuro estar presentado á vosotras, enristro la péñola, preparo unas cuartillas, arreglo el tintero y me preparo á empezar el presente artículo.

¡Cuánto me encantan vuestros ojos!

¡Cuánto me agradan vuestros lábios.

¡Ah! Sin vuestros lábios y vuestros ojos ¿qué sería del hombre?

¿Qué sería de mí, por ejemplo, si de cuando en cuando no recibiera algun tierno y aromático suspiro escapado furtivamente de una diminuta boca?

Y eso que estoy triste, porque hasta ahora sólo han suspirado por mí, ó mujeres mayores de cincuenta inviernos ó niñas que no frisaban en los catorce abriles.

Por eso no bajo al Prado, no concurre al Retiro, no paseo en los Campos, ni luzco mi faz en el Circo de Madrid.

Aquellas encantadoras bellezas me exasperan, porque ¿de qué me sirve mirarlas, pasar á su lado y hasta pisarlas, haciendo como que me equivoco, el vestido, si ellas ni por casualidad fijan sus ojos en los míos?

¿Cómo siguiendo así podré probar las dulzuras de unas relaciones amorosas, los encantos del matrimonio y hasta los placeres de la viudez?

Ciertamente que soy muy desgraciado.

Por eso fijo mi pensamiento en mi madre.

¿Hay nada más santo que la madre?

Nada.

Si algun sér es acreedor en la tierra al aprecio eterno, al cariño de todo el mundo, al amor de la humanidad, es la madre.

Ella se multiplica, se desvela por cuidar á sus hijos.

La mujer convertida en madre, es el ángel descendido á la tierra.

La madre que mece á su hijo en sus brazos es la representacion del amor.

¿Quién es capaz de no respetar á una madre?

Todos los hombres de todos los países, desde el educado habitante de Europa, hasta el salvaje morador de los bosques, aman al santo nombre de la autora de sus dias.

Vedla levantarse cuidadosa, deslizar sus piés por el pavimento con la misma suavidad que se deslizan por el espacio las impávidas nubes en la fresca mañana, é ir á velar el tranquilo sueño de su hijo.

Vedla arrostrar con ánimo sereno toda clase de peligros sin cuidarse más que de su tierno infante; vedla en la historia llegar á lo sublime, rayar en la epopeya, salvar al mundo por la paz de su querido vástago.

Empero paréceme que he mudado de asuntos; me propuse escribiros presentándome y no he cumplido mi propósito.

Dispensad, lectoras, mas es tan dulce el nombre de madre, que mi admiracion hácia ella ha brotado maquinalmente de los puntos de mi pluma.

Además ¿para qué me quereis conocer?

Nada, nada; en mí teneis un defensor decidido, más valiente que un hulano y más dispuesto á amaros que lo estuvo Saffo de Faon.

¿Sereis conmigo ingratas?

No importa, tanto os amo, que hasta vuestra ingratitud es encantadora.

Sólo me resta daros las gracias, á las que este artículo leais, y repetiros entre cortado y confuso mientras inclino la cabeza al suelo:

«A los piés de ustedes.»

FRANCISCO DE P. CHOROT.

¡LUZ! ¡LUZ PARA LA MUJER!

A medida que la civilizacion avanza, las exigencias de los pueblos crecen, se ensanchan las esferas de la inteligencia y adquiere la sociedad nuevas necesidades que es preciso satisfacer, ó quedarse rezagadas militando en las filas del retroceso.

La mujer de nuestros dias va adquiriendo una preponderancia que no tenia, se reconoce su influencia en la familia y se la concede el prestigio, el culto, digámoslo así, que la convierte en árbitro de los destinos, en égida de esa pequeña sociedad á que está unida que llamamos familia.

Altos y trascendentales son los fines á que la mujer está llamada en el presente siglo, y para que cumpla su mision hace falta mucha luz, ¡mucha! Por más que la ilustracion se propaga; por más que la prensa, la cátedra y el teatro difunden sin cesar rayos luminosos, las tinieblas, ese mónstruo universal, estiende su tenebroso manto y oscurece de un golpe los brillantes meteoros de la civilizacion y del progreso.

Luz, ¡mucha luz! venga de donde viniere. La mujer mitad de la humanidad vive todavia á oscuras en el siglo de las luces; ilustradla, iluminad su entendimiento y ella producirá con su viva imaginacion, con su puro sentimiento, con el fuego de su alma tan ígneos resplandores que habrán de maravillar vuestra mente.

Si la mitad de la humanidad se abisma en las tinieblas, ¿cómo quereis que la otra mitad disipe por sí sola las oscuras sombras que pueblan nuestros horizontes? Y sin embargo á eso aspira el hombre, á disiparlas por sí solo, rechazando el concurso que pudiera ofrecerle el sexo débil, si su educacion se completára, si se atendiera á su instruccion como lo reclaman ya imperiosamente las necesidades de nuestro siglo.

¿Y cuál es la causa de que se nieguen las luces á las inteligencias femeninas? ¿Qué temor puede abrigar el hombre de ver á la mujer ilustrada? ¿Es rivalidad? ¿Es amor propio? ¿Es el miedo de que la mujer se le sobreponga y le domine? Con-

testadme, ilustrados colaboradores y colaboradoras de LA MUJER; hagamos luz, mucha luz, en este asunto y los que conmigo habeis acudido á este palenque á defender los derechos de la mujer, decidme qué especie de animadversion es la que inspiramos al sexo fuerte que así nos priva de participar con él esas emociones sublimes que experimenta toda alma elevada al penetrar en las regiones bellísimas del arte y de la ciencia.

Si os domina el temor de que podamos ser más fuertes que vosotros, no lo creais; en el hombre reside la fuerza, en la mujer la debilidad. La mujer se deja dominar por el sentimiento y no puede amar al hombre que no alcance á subyugar por completo su corazon; esto os prueba que podeis dominar por el amor, pero no por la fuerza, ni por la inteligencia, aun cuando la vuestra esté más desarrollada y sepa envolver en sus arcanos nuestra turbada y débil razon.

Con frecuencia vemos en el mundo hombres muy sábios que están completamente subyugados por la mujer que aman, ésta influye en sus resoluciones de una manera arbitraria y tiránica á veces, sin que tengan para ello condicion ninguna de inteligencia, porque son por lo general las más vulgares las que tienen la fortuna de poseer el amor de los hombres de talento.

De esta manera las fuerzas no están niveladas, y con frecuencia acontece ver matrimonios muy desiguales en ese sentido y vice-versa, sin que podamos poner remedio á esa causa tan general, cuyo origen está en el mal que me propongo combatir presentando este tema á la discusion de mis ilustrados colaboradores.

¿Existe esa preocupacion que tantos males causa á nuestro sexo? Sí existe, no hay que dudarlo, aun cuando vá desapareciendo poco á poco, á medida que la claridad, va iluminando nuestra esfera. Pues si existe, combatámosla, ayudadme, amigas, y vosotros, buenos amigos, que nos ayudais en la noble empresa, vosotros, que despojados de ese sentimiento mezquino del hombre que nos niega la entrada en el templo del saber, venis con vuestro leal concurso á participar de nuestras tareas, los que sois defensores de la mujer, los que comprendeis con el instinto del bien que os inspira, que la mujer ignorante, la frívola, la vana y la coqueta pueden acarrear á la familia y á la sociedad funestísimos males, en cambio la juiciosa, la modesta, la ilustrada puede perfumar el hogar con el aroma de sus virtudes y con los frutos de su inteligencia, que ofrece al amante esposo, reclamando en cambio de su perseverancia y su trabajo, la benevolencia y el cariño del que por naturaleza y por ley tiene siempre que ser el jefe natural de la familia.

¡Luz, señores, luz para la mujer es lo que

anhela la que deplora con toda su alma la oscuridad en que vive!

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CRÓNICA MATRITENSE.

Dicen los extranjeros que las dos cosas más difíciles son hacer acostarse y madrugar á los españoles de Madrid; y juzgando por esperiencia propia hube de declararme conforme con el aserto si no hubiérame visto refutado por mil ejemplos.

No há muchos días que, echando pereza á un lado, me lancé á la calle á esa hora en que naturaleza despierta de su lecho de tinieblas; á esa hora en que las flores ostentan su corola coronada por una diadema de rocío y los pájaros saludan la nueva aurora en canorosas armonías; á esa hora, en fin, que aturden la capital con infernales ruidos los carros de Villa y las borricas de leche.

Me dirigí al paseo matutino del Retiro, delicioso vergel donde la poesía luce sus preciosas galas, y vano intento fuera querer describir sus variados panoramas; trazaré sin embargo un ligero diseño, y vosotras, lectoras apreciables, os encargareis de acabar el cuadro.

La Estética, espléndida en sus sencillas manifestaciones, se presentaba rica en joyas con que plugo ataviarla el deseo de la fantasía.

Lo ameno y pintoresco del lugar; la profusion de bellezas femeniles que, cual otras tantas gracias repartidas en alegres bandadas, convertian aquellos jardines en la mansion de los sueños; todo cuanto cobijaba aquel oriental recinto, daba inspiracion á la mente más árida y conmovía, con el febril entusiasmo de las primeras ilusiones, al corazon más glacial é indiferente.

El Retiro es un verdadero oasis colocado en este ardoroso desierto que se asienta á la márgen izquierda del humilde Manzanares.

La Sociedad de Conciertos, bajo la inteligente direccion del maestro Bottesini, sigue atrayendo al pintoresco Parque de Madrid una sociedad numerosa, donde brillan en competencia la elegancia y la hermosura. ¡Cuántas veces me he sentido identificado con aquella sublime inspiracion que hiciera concebir al dulce Thomas *Le songe de une nuit d'été*, estasiado al son de la orquesta que arrancaba armonías de sentimiento!

Francaamente: las mañanas y las noches en Madrid son envidiables, y no dejan qué envidiar á las que puedan gozarse á las orillas del mar ó entre los valles de la montaña.

Los teatros del paseo de Recoletos, donde en competencia acude la elegante sociedad, ofrecen cada dia nuevos atractivos con sus variados espectáculos.

En el CIRCO DE MADRID se estrenó con merecido éxito la zarzuela *Travesuras Amorosas*, original de los hermanos Fernandez, cuyo mérito artístico les tiene conquistada justa reputacion. La música de esta obra es preciosa, tiene propiedad, buen gusto, y demasiado buena tratándose de zarzuela española y de un libreto nada original ni acabado. Pero el público aplaudió la noche del estreno y las sucesivas, rindiendo otras tantas ovaciones á los jóvenes maestros, en union de la Cuarenta que desempeña su respectivo papel de un modo admirable.

En el CIRCO DE PRICE continúa la *Batuda americana* y los ejercicios acrobáticos y ecuestres, llenando diariamente sus localidades con un público escojido é inteligente que aplaude sin cesar los notables artistas que componen el cuadro de la Compañía.

En el TEATRO DEL RETIRO se estrenó *El Teatro de 1876*, y alternando con otras varias obras del repertorio, se ha-

ce acreedor de que un concurso numeroso asista á las escenas campestres nocturnas que se representan en estos deliciosos jardines.

LOS CAMPOS ELISEOS es un mosaico de espectáculos á cual más agradable. Las funciones dramáticas del Alcázar, las del hipódromo del teatro y las de *Rossini*, unidas á los diferentes atractivos que encierran, excitan constantemente la curiosidad de miles de espectadores que pagan con deferente aceptacion los esfuerzos que aquella Empresa viene haciendo por agradar al público.

EL TEATRO DE VARIEDADES cuenta en su estrecho recinto una notable concurrencia, cada vez más satisfecha de la habilidad y destreza que posee la notable artista Mlle. Benita Anginet. Una de las noches últimas, cuando la eminente prestidigitadora concluyó uno de sus sorprendentes juegos, fué obsequiada con una magnífica corona de laurel de oro con cintas de color, en las cuales se leía una dedicatoria sencilla pero espresiva. Felicito por sus merecidos triunfos á Mlle. Anginet, y me felicito en nombre de mis queridas lectoras por la honra de tener entre nosotros á la notabilidad en el arte de la prestidigitacion.

La falta de espacio me ha obligado á estrechar la extension que habria menester para la presente *Cronica*, y antes de terminar quiero hacer mencion de un espectáculo que tuvo lugar en el CIRCO DE RIVAS.

El dia 3 tuvo lugar en este coliseo el beneficio de la primera artista de dicho teatro, la simpática y popular Elisa Zamacois, que habia escogido para este objeto una de las obras más delicadas del repertorio de la zarzuela, tanto en el género literario como en el lírico. *Luz y Sombra*, la inspirada produccion de Serra y de Caballero, fué interpretada admirablemente por la beneficiada, á la que secundaron en sus respectivos papeles Jimeno, Landa y la Baeza, lo mismo que Carceller, quien cada dia adelanta notablemente.

Aqui teneis á grandes rasgos el cuadro que me propuse trazaros; ahora vosotras, lectoras adorables, le prestareis colorido y concluireis lo imperfecto de las líneas y la palidez del colorido, mientras queda vuestro

VENUSTIANO RODRIGUEZ HUBERT.

CHARADA.

Cantaba mi primera y mi tercera
 Cuando oí que llamaba
 Mi segunda y primera
 A una segunda y tercia que pasaba,
 Y primera y segunda le enviaba
 Al todo que (*inter nos*) es hechicera.

Solucion á la inserta en el número anterior.

ÓPALO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: Trimestre, 12 rs.; semestre, 24. PROVINCIAS: Trimestre, 15; semestre, 30; un año, 60. ULTRAMAR y EXTRANJERO: Semestre, 60; un año, 100.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se suscribe en las principales librerías de Madrid y de Provincias, y en Lisboa en la de D. Juan de la Torre, cuidando de enviar su importe á la Administracion en Madrid, calle de Tudescos, 34, en letra ó sellos de franqueo, en cuyo último caso se deberá certificar la carta.

MADRID: 1874. — Imprenta de los Sres. Rojas, Tudescos, 34, pral.